



EL REGRESO

Por Santiago de Ossorno

El autobús de la línea 34 avanzaba a trompicones por la calle del General Ricardos. Juan Castro se agarró con fuerza a la barra vertical para evitar caerse en cualquier frenazo, a través de la ventana observaba con curiosidad los pisos de ladrillo visto, la boca de metro de Oporto, el viejo campo del Puerta Bonita y el edificio abandonado de la Casa-Asilo Goicoechea Isusi en el nº 159 de la calle que aún resistía en pie entre nuevos bloques de casas, aunque con los muros semide-ruidos y decorados con grafitis que parecían querer contarle historias que él no alcanzaba a descifrar.



Carabanchel no había cambiado tanto pero le costaba reconocerlo, aunque el aire —ese olor mezcla de asfalto, polución, humanidad, comida recién hecha y la humedad del cercano Manzanares— seguía siendo el mismo.

Habían pasado más de cincuenta años desde que salió de allí cruzando por última vez la puerta del Bajo, aquella finca con un antiguo palacio que los últimos tres años había sido su internado, con amplios espacios rodeados y protegidos por un alto muro que lo separaba de las calles adyacentes, como un gigante vigilante.

Cuando el autobús se detuvo, Juan descendió con un leve crujido de rodillas. Caminó algunos metros por una calle que no recordaba tan activa. El cine y los viejos talleres y tiendas habían desaparecido; en su lugar había cafeterías modernas, bazares y un gimnasio. Pero al descubrir intacto frente a él el muro de ladrillo del recinto, su corazón se aceleró.

El edificio seguía allí... aunque no parecía el mismo. Nerviosamente cruzó la calle buscando la forma de entrar. Sobre la antigua puerta de hierro labrado —que él recordaba negra, imponente, casi hostil— colgaba ahora un cartel luminoso:

«Centro de Mayores de Carabanchel Bajo».

Al otro lado crecían árboles y macetas con lavanda. Juan sintió una punzada en el pecho, como si alguien hubiera borrado una imagen que él llevaba décadas conservando sin cambios en su cabeza.

Llamó al timbre, cuando le abrieron empujó la cancela que cedió con un chirrido amable, ajeno al más ruidoso que tenía grabado en su memoria. En el jardín interior había bancos de madera a la sombra y un pequeño estanque artificial donde nadaban peces de vivos colores y flotaban nenúfares. Donde antaño resonaban las alegres voces de los alumnos, ahora prevalecía la voz tranquila y queda de los nuevos internos, ancianos aferrados a la última etapa de sus vidas.

El eco de la juventud parecía haberse diluido en aquel silencio nuevo.

Una vez dentro del edificio, el olor a limpio de siempre, que tan bien creía recordar, había sido completamente sustituido por un aroma suave a incienso. Todavía estaba absorto en sus pensamientos, cuando una mujer de cabello blanco recogido en un moño apareció desde un pasillo lateral.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó con una sonrisa tranquila.

Juan dudó. No sabía si tenía derecho a estar allí.

—Estudié aquí —dijo al fin—. Hace muchos años.

La mujer lo observó con atención.

—Ya, a veces vienen antiguos alumnos a visitar lo que fue su colegio, ya que ha venido hasta aquí tal vez quiera ver algunas de las salas antiguas. No todas se han reformado. Me llamo Clara.

La siguió despacio a través de un dédalo de pasillos que conservaban la misma forma estrecha y alargada que él recordaba, aunque ahora estaban pintados en tonos cálidos y los cuadros de entonces habían sido sustituidos por paisajes bucólicos. Cada paso despertaba un recuerdo: el roce del trapillo, el griterío de los pínfanos practicando deporte, las órdenes de los inspectores...

Llegaron al que fue un patio de recreo. Juan se detuvo. Allí, bajo el intenso cielo azul de Madrid, había pasado horas interminables y compartido confidencias con Ramiro, su mejor amigo, en las horas libres que tenían. Habían hablado de música, de chicas, de fútbol, de

libros, de la vida que imaginaban más allá de los muros del internado. Y, sobre todo, habían hablado del futuro, ese mundo que entonces parecía tan lejano y prometedor.

—Este lugar... —murmuró.

Clara lo miró con una mezcla de respeto y curiosidad, esperando pacientemente a que dijera algo.

Juan sintió que algo se aflojaba dentro de él.

—Perdone, Clara, yo me llamo Juan, Juan Castro —dijo casi en un susurro—. Estuve aquí hasta el setenta y uno.

Clara frunció el ceño, pensativa.

—Castro, Castro... sí. Creo recordar algo que encontramos con ese apellido. Espere un momento.

Desapareció por un pasillo y regresó con una caja de cartón cubierta de polvo.

—Durante la reforma para convertir este sitio en un Centro de Mayores encontramos varias cajas con documentos y objetos antiguos. No sabíamos qué hacer con ellas.

Juan abrió la caja con cuidado. Dentro había fotografías en blanco y negro, dibujos, actas de notas, cuadernos, partes disciplinarios. Entre ellos encontró una foto de su clase: un grupo de muchachos con el pelo corto y miradas sonrientes. Él estaba entre ellos y a su lado, con una sonrisa tímida, reconoció a Ramiro.

El corazón le dio un vuelco.

Clara, que observaba su reacción, añadió en voz baja:

—¿Era usted alguno de ellos?

Juan asintió sin poder hablar.

—Sí, es una foto de mi clase —y señalando con el dedo a Ramiro, comentó—, este y yo éramos... muy buenos amigos —consiguió decir al fin.

Clara rebuscó en la caja y sacó un sobre arrugado y amarillento por el tiempo, en el remite estaba escrito su nombre, Juan Castro.

—Esto estaba dentro de un libro de Literatura. No tiene sello ni dirección de envío, por lo que no llegó a enviarse y quedó olvidada.

Juan lo abrió con manos temblorosas y sacó una cuartilla. Reconoció su propia letra adolescente, torpe y apretada. La carta estaba dirigida a Ramiro. La había escrito la noche antes de que cada uno tomara un rumbo distinto; al acabar Preu, Ramiro se marchó a estudiar a

Valladolid y él a la facultad de Filosofía en la Complutense. La vida, como tantas veces, se encargó del resto.

La leyó despacio. Recordaba cada palabra antes incluso de terminar de leerla: hablaba de escaparse juntos algún día, de los planes que imaginaban en voz baja cuando apagaban las luces del dormitorio, de la promesa juvenil y sincera de no olvidarse nunca. Era la voz de un muchacho que no sabía cómo despedirse de su mejor amigo.

Clara esperó a que la terminase de leer.

—¿Sabe algo de él? —preguntó con delicadeza.

Juan negó con la cabeza.

—No. Nunca volví a verlo. La vida... ya sabe.

Clara sonrió con una ternura que no necesitaba palabras.

Salió al jardín y se sentó en un banco. El sol de la tarde caía oblicuo sobre las fachadas de Carabanchel, iluminando balcones, tendederos y grafitis. El barrio había cambiado, pero seguía teniendo ese pulso áspero y vivo que él recordaba.

Releyó la carta. Sus palabras adolescentes le parecieron ingenuas, pero también puras, libres de la vergüenza que llega con los años. No había venido a ver un edificio. Había venido a reencontrarse con el joven que fue y sin saberlo con el amigo que dejó atrás sin perderlo del todo.

Luego se alejó despacio, sin mirar atrás. El internado como tal ya no existía, pero tampoco hacía falta. Lo que había venido a buscar no estaba entre aquellas paredes, sino en su memoria.

El pasado no había desaparecido: simplemente se había acostumbrado a vivir sin él.

Durante varios días, Juan no pudo quitarse de la cabeza la visita al viejo colegio y la carta que había encontrado. Algo dentro de él —una voz remota, quizá la del muchacho que fue— insistía en que aún quedaba un cabo suelto.

Una tarde, mientras hojeaba viejos álbumes familiares, recordó algo que Clara había mencionado de pasada:

—Por otros que nos han visitado antes que usted, sabemos que algunos antiguos alumnos se mantienen en contacto. Creo que incluso habían creado una asociación.

Juan encendió el ordenador con la torpeza de quien no está acostumbrado a bucear en el pasado. Tecléo «pínfanos» sin demasiada esperanza. Pero allí estaba: una página sencilla, estructurada con mu-

chos enlaces a fotografías antiguas, relatos, boletines anuales, actividades... era la web de la Asociación de Huérfanos del Ejército.

Sintió un vuelco en el estómago y de nuevo se aceleró su frecuencia cardíaca.

Durante un buen rato navegó por la página despacio, como si temiera que cualquier clic pudiera borrar lo que estaba viendo. Había nombres, incluso un pequeño foro donde algunos exalumnos comparían recuerdos. Y entonces lo encontró.

Ramiro Cifuentes. Preu 1971. Y un email de contacto.

Juan se quedó inmóvil. El nombre parecía brillar en la pantalla, como si hubiera estado esperándolo durante medio siglo. No sabía qué escribir. No sabía si debía escribir. ¿Qué se dice después de cincuenta años de silencio?

Finalmente, redactó un mensaje breve, casi torpe:

«Hola, Ramiro. Soy Juan Castro. No sé si me recordarás. Estudiamos juntos en el Bajo. Me gustaría hablar contigo, si te parece bien».

Lo envió sin releerlo. Y durante dos días enteros evitó mirar el correo, como si la respuesta —o la ausencia de ella— pudiera desestabilizar algo que aún no sabía nombrar.

La respuesta llegó una mañana de domingo.

«Juan, icómo no voy a recordarte! Llevo media vida preguntándome qué habrá sido de ti. Cuando quieras, hablamos. Me alegrará mucho escucharte».

Juan sintió que algo se abría dentro de él, como una ventana que llevaba demasiado tiempo cerrada. Se quedó mirando el mensaje largo rato, sin moverse, dejando que aquellas palabras hicieran su trabajo silencioso.

No respondió de inmediato. No hacía falta. Sabía que lo haría. Sabía que, por primera vez en cincuenta años, el pasado no era un peso, sino un puente.

Volvió otros días a recorrer arriba y abajo las calles del barrio. Carabanchel seguía vibrando con su mezcla de bullicio urbano, vida y memoria. Caminando sin rumbo, ligero, recordando, como si hubiera recuperado una parte de sí mismo que creía perdida.

El internado ya no existía.

Pero Ramiro sí.

Y eso, pensó Juan, era una forma de regresar.